

VIDA INTERNACIONAL

CONFERENCIA EN GINEBRA

De acuerdo con lo anunciado, los ministros de Relaciones Exteriores de Estados Unidos (Christian Herter), de Gran Bretaña (Selwyn Lloyd), de Francia (Maurice Couve de Murville) y de la Unión Soviética (Andrei Gromyko) se reunieron el 11 de mayo en Ginebra para iniciar las negociaciones conducentes a un arreglo entre Oriente y Occidente sobre la cuestión alemana.

Según declaraciones de Charles Baechtold, jefe de la Policía de Seguridad de Ginebra, que tiene a su cargo la de los estadistas que desde 1920 vienen reuniéndose en esa ciudad, nunca les ha ocurrido nada a los ilustres visitantes, gracias a las precauciones de sus agentes. Solo en 1922 o 23—no recuerda bien herr Baechtold—Aristides Briand recibió un sopapo. Pero la eficiente policía suiza no puede garantizar, por cierto, el éxito de las conferencias que se reúnen periódicamente en la más internacional de sus ciudades. Y es una lástima. La que en 1955 congregó a los jefes de Gobierno con la finalidad de llegar a un acuerdo general, fracasó. ¿Ocurrirá lo mismo con ésta?

El fracaso estuvo a punto de producirse aun antes de que la conferencia se iniciara, y todo, como en la época de los congresos vieneses, por la forma de una mesa. Los occidentales querían una mesa cuadrada; los rusos, una redonda. A una mesa cuadrada sólo se pueden sentar cuatro partes a conversar y pactar. A una mesa redonda—teóricamente al menos—se pueden sentar un número infinito de representantes. Los rusos insistieron en que Alemania Oriental se incorporara a la conferencia en mesa redonda, con los mismos derechos que los demás. Los tres occidentales se negaron redondamente. Rechazaron igualmente la participación de Polonia y Checoslovaquia, que luego propusieron los soviéticos, aduciendo que dichos países habían sufrido mucho como víctimas de la agresión nazi. ¿Por qué no invitar a todos los otros países atacados por Alemania? Con todo ello, evidentemente-

te, la conferencia habría de desvirtuarse. Los occidentales se mantuvieron firmes en que la reunión fuera de cuatro, pero accedieron a hacerla en mesa redonda. Entretanto, los ministros de las dos Alemanias seguirían asistiendo, desde sus propias mesas, en calidad de observadores.

Pero, al cabo de dos semanas, ni los cuatro se habían podido poner de acuerdo y acordaron entonces volver al viejo procedimiento de la diplomacia secreta. Durante los primeros catorce días no habían sido públicas las sesiones de los Cuatro Grandes, pero habían asistido a ellas los ministros de las dos Alemanias, y cada canciller concurría con su numeroso equipo de asesores, expertos, etc. Todo aquello fue sustituido por la más estricta reserva. Cada ministro de los Cuatro Grandes con sólo un "second", y nada más. Se había avanzado demasiado poco en dos semanas para seguir con el sistema de un comienzo.

EL PLAN NORTEAMERICANO

Mejor dicho, no se había avanzado nada. Los occidentales presentaron un plan, realizable por etapas, cada una de las cuales condiciona estrechamente a la otra, de modo que son inseparables. Los rusos lo llamaron "el plan paquete". Partiendo del problema de Berlín, los anglo-franco-norteamericanos pasan a buscar la solución del problema alemán, para llegar, por último, al de la seguridad europea en conjunto. Berlín sería declarada "ciudad única" y se suprimiría, por tanto, su actual división. Bajo control de las cuatro potencias ocupantes habría libre acceso a la ciudad y se celebrarían elecciones libres para designar las autoridades para la ciudad unificada. Se pasaría luego—segunda etapa—a la constitución de un Comité Alemán Mixto de 35 miembros—10 en representación de los 17 millones de alemanes orientales y 25 en representación de los 52 millones de alemanes de Occidente—. Dicho Comité elaboraría las bases de la reunificación alemana y especialmente un proyecto de ley de elecciones para designar las autoridades que regirían a toda Alemania. Si el Comité no se pusiera de acuerdo sobre un solo proyecto, se someterían dos proyectos a la consideración del pueblo alemán en plebiscito popular. Habiendo acuerdo sobre un solo proyecto, también se sometería éste a un plebiscito. El Comité Mixto tomaría sus acuerdos por mayoría de las tres cuartas partes de sus miembros. Los 25 representantes de Alema-

nia occidental no formarían por sí solos esa mayoría, de modo que se tendría que llegar a resoluciones negociadas o de transacción.

Simultáneamente con los progresos del Comité Mixto hacia la reunificación alemana, las cuatro grandes potencias llegarían a acuerdos sobre limitaciones de su poderío militar y sobre inspección contra ataques sorpresivos; finalmente, la Alemania Oriental renunciaría, como ya lo hizo la del Oeste, a fabricar armas químicas, biológicas y nucleares y la misma renuncia harían otros países del Este.

Como tercera etapa se llegaría, en fin, al cabo de dos años y medio, a las elecciones para designar una Asamblea constituyente de Alemania Unida, las cuales serían supervigiladas por representantes de las dos partes de Alemania y, además, por comisiones de los Cuatro Grandes o de las Naciones Unidas. La Asamblea alemana redactaría la nueva Constitución del país, según la cual se formaría el Gobierno que negociaría con los enemigos y vencedores de la última guerra el Tratado definitivo de paz. Alemania tendría plena soberanía en materias de política interna y exterior y en este terreno podría tanto ingresar a la OTAN como al Pacto de Varsovia o mantenerse independiente de ambas alianzas. Si la Alemania reunificada ingresara a la Organización del Tratado del Atlántico Norte, los occidentales no podrían destacar tropas fuera de los límites de la actual República Federal. Si, en cambio, decidiera unirse al Pacto de Varsovia, los rusos no enviarían fuerzas más allá de las fronteras de la que es hoy Alemania Oriental.

Dentro de la misma etapa se prevé el establecimiento de una zona "que abarcaría áreas comparables en extensión y profundidad e importancia a uno y otro lado de una línea que sería establecida por mutuo acuerdo" y dentro de la cual no podría haber tropas locales o de otros países más allá de cierto máximo. Al firmarse el Tratado de Paz con Alemania, todas las tropas extranjeras serían retiradas de dicha área, a petición de los países comprendidos en ella. En esta forma se realizaría la idea ya relativamente antigua de crear una zona de seguridad o de "desengagement" entre Oriente y Occidente en el centro de Europa.

Como puede apreciarse, las proposiciones occidentales son bastante sensatas y revelan una auténtica voluntad de ne-

gociar. De 1955 a esta parte, Estados Unidos, Inglaterra y Francia han modificado su actitud frente al problema alemán, o, si se quiere, ante la posición rusa con respecto a dicho problema. Ya no exigen la celebración de elecciones libres como primer paso, sino que admiten un plazo de dos años y medio para llegar a ellas, jalonado por negociaciones progresivas, cuyo éxito vaya creando o garantizando la confianza de cada parte en la buena fe de la otra. En realidad, el problema de Berlín es inseparable del de la reunificación alemana, y éste no se puede disociar del de la seguridad europea y de un arreglo general de Rusia y los occidentales con respecto a esa zona vital. Lo contrario significaría perder de vista la realidad de los hechos. Hace diez años fue el propio Stalin el que afirmó que la cuestión de Berlín era "un componente inseparable" de la cuestión alemana. Mas parece que en esta materia ha habido des-talinización...

EL PLAN DE MOSCU

El plan ruso, tal como lo propuso Gromyko en la reunión del 15 de mayo, tiende a considerar el problema alemán como separado, en gran parte, de su contexto europeo y mundial. Moscú pide una concertación inmediata de Tratados de paz separados con las dos Alemanias, tal como éstas existen actualmente. Ello implicaría la renuncia de Alemania a los territorios cedidos provisionalmente a Polonia, al Este de los ríos Oder-Neisse, y, desde luego, el reconocimiento de Alemania Oriental como Estado soberano. Luego, los alemanes se las arreglarían como les parezca mejor en lo relativo a su unificación o, simplemente, confederación. Entretanto, Berlín Occidental sería una ciudad libre y desmilitarizada, lo que significa el retiro de las guarniciones aliadas que ahora se encuentran allí. Por lo demás, todas las tropas extranjeras actualmente destacadas en las dos Alemanias serían retiradas y a las fuerzas alemanas mismas se les señalaría un tope. Las dos Alemanias quedarían neutralizadas, sin poder participar en alianzas con ninguno de los dos bloques.

La gran mayoría de los alemanes estarían dispuestos a aceptar la pérdida definitiva de los territorios ocupados por Polonia si, en contrapartida, tuvieran la seguridad de la reunificación, lo que, por cierto, el plan ruso no les garantiza, ni mucho menos. Los rusos invocan el precedente de Austria—que fue neutra-

lizada por el Tratado de paz—para pedir que Alemania sea sometida al mismo estatuto. En el hecho, la gran preocupación soviética es impedir que más de setenta millones de alemanes, confederados o unificados, pero, en todo caso, tremendamente fuertes en el terreno industrial, con técnica avanzada y gran disciplina, puedan actuar como una verdadera pistola permanentemente asestada al costado ruso. Los norteamericanos no ignoran esto y de allí que, para presionar a los rusos, anuncien la entrega de armamento nuclear a los alemanes de la República Federal.

BERLÍN, BOMBA DE TIEMPO

El problema inmediato es el de Berlín y el de la posible guerra por la capital alemana. Si se renueva el ultimátum—han declarado los norteamericanos—, ellos no concurrirán a una reunión “en la cima”, pues, naturalmente, no pueden aceptar negociar bajo presión. Por su lado, los franceses, que han marchado en estrecho acuerdo con el Gobierno de Bonn, se oponen a un acuerdo sobre Berlín, independiente del arreglo general del problema alemán. Londres y Washington se han mostrado más flexibles en ese punto, especialmente los ingleses.

En realidad, los rusos se encuentran en mejor situación que sus contrarios para negociar sobre Berlín. Según lo expresaba hace poco en un artículo el famoso estratega inglés Liddell Hart, con respecto a la capital alemana “los rusos se hallan en una situación “im-pasable” y los occidentales, en una posición “imposible”. La idea de enviar una columna blindada occidental por el camino a Berlín (si éste se cierra)—afirma Liddell Hart—, en la esperanza de que semejante prueba de resolución haga

ceder a los rusos, aparece como una locura. A los occidentales no les quedaría sino elegir entre una retirada humillante o una zambullida en la catástrofe. En cuanto a la idea de superar el bloqueo mediante un puente aéreo (como el de 1948) aparece como apenas más promisoría. También en este camino los rusos podrían poner a los occidentales en la necesidad de tener que disparar los primeros, pues Berlín Occidental podría ser rodeado por una barrera de globos cautivos que impediría el aterrizaje de los aviones”.

Sin embargo, según una declaración pública de la “Agencia Central de Informaciones” de Estados Unidos—organismo que dirige los servicios de “información” secreta de ese país—en Washington se tiene el convencimiento de que los rusos no están dispuestos a ir a la guerra por la capital alemana. “Si Occidente se muestra resuelto—dice la declaración formulada el 13 de mayo—la Unión Soviética, quiera que no, será la que tenga que echarse atrás.”

No hay necesidad de más comentarios para señalar la peligrosidad de la actual situación. Sin embargo, mientras no se rompan las negociaciones, ella no será desesperada, ni mucho menos. Lo más probable es que, aunque no se llegue a un acuerdo definitivo en Ginebra sobre el problema de Berlín, que es el más urgente, las conversaciones serán referidas a la reunión de los cuatro jefes de Estado, en el curso del verano o comienzos del otoño. Para ello, los rusos, desde luego, no plantearían un nuevo ultimátum y así la crisis se mantendría más o menos congelada, pero viva y con el peligro improbable, pero no imposible, de un estallido que podría ser catastrófico.

ALEJANDRO MAGNET

